

IES MARTÍNEZ URIBARRI

PRESENTACIÓN DE D. ANTONIO COLINAS

2 DE FEBRERO DE 2018

Damos la bienvenida, con profunda admiración, a don Antonio Colinas, una de las voces más nítidas, inconfundibles e inolvidables en la poesía española de las últimas décadas. De nuestro invitado ya conocéis, porque lo hemos comentado en clase, su biografía, los premios y distinciones, así como algunos poemas seleccionados. Por lo tanto, en mi breve presentación, que consta de dos partes, me centraré en otros aspectos.

En primer lugar, voy a referirme a una experiencia personal: tendría yo unos 20 años cuando en la planta baja de la librería Cervantes, aquel minúsculo sacro imperio de las letras, ya inexistente, que gobernaba don Alonso, su encargado, como un entrañable déspota ilustrado; allí al fondo, en la esquina derecha donde desordenábamos aún más los amontonados volúmenes de poesía, descubrí un poemario que me asombró y deslumbró: *Sepulcro en Tarquinia*, de un joven poeta, Antonio Colinas, del que había leído algunos poemas en la antología de José Batlló *Poetas españoles poscontemporáneos*.

Sepulcro fue para mí una revelación de serenidad y equilibrio; y, entre otros, a él vuelvo siempre que necesito *salvar mi claridad*, como implora Giacomo Casanova en el espléndido monólogo dramático del libro.

La segunda parte de esta presentación la quisiera comenzar con Juan Ramón Jiménez, porque casi todo, creo, empieza con Juan Ramón. Hay un

brevísimo poema de *En el otro costado* que para mí sintetiza bien lo que podría ser la poesía:

Y en esa luz estás tú;
Pero no sé dónde estás;
No sé dónde está la luz.

En estos versos están presentes, en mi opinión, los tres elementos esenciales de todo poema: el tú (siempre se escribe por alguien o para alguien), una energía extraña y el misterio. La poesía es, pues, corriente continua que nos acalambra y que se trasmite a través de circuitos diferentes, de autores diversos que se condensan en nuestra memoria emocional.

Si revisáramos el circuito que recorre la corriente continua de nuestro ilustre invitado Antonio Colinas, quizá y al menos, hallaríamos: la contención de Garcilaso de la Vega; esa escondida senda de Fray Luis de León que conduce hasta la secreta escala de San Juan de la Cruz; el infinito tan pensado de Leopardi; los sentimientos meditativos de Unamuno; conciencia y transparencia de Juan Ramón; la irracionalidad humanista de Vicente Aleixandre; aquellas nubes de Cernuda que rociaron de Browning y de Eliot a Gil de Biedma; el breve son del silencio de Valente; un don de cielos y tierra de Claudio Rodríguez y el hermetismo desvelado de Salvatore Quasimodo...

Y con Quasimodo termino, con unos versos de su poema *Antiguo invierno*:

Buscaban el mijo los pájaros
y de pronto eran de nieve;
como las palabras.

Emilio Hernández Ozámiz